

EN QUE SE VERÁ CÓMO GAVROCHE
SUPO SACAR PARTIDO DE NAPOLEÓN EL GRANDE

La primavera en París suele verse interrumpida por brisas ásperas y agudas que le dejan á uno no helado, pero sí aterido de frío: estas brisas, que entristecen los más hermosos días, causan el mismo efecto que esos soplos de aire frío que en un cuarto templado penetran por los huecos de las ventanas ó de las puertas mal cerradas. Parece que la obscura puerta del invierno se ha quedado entreabierta y deja entrar el viento. En la primavera de 1832, época en que apareció la primera gran epidemia de este siglo en Europa, estas brisas fueron más incómodas y punzantes que nunca; era que había una puerta más glacial aún que la del invierno entreabierta; era la puerta del sepulcro. Sentíase en esta brisa el alien-to del cólera.

Bajo el punto de vista meteorológico, estos vientos fríos tenían de particular que no excluían una gran tensión eléctrica, y estallaron en aquella época frecuentes tempestades, acompañadas de relámpagos y truenos.

Una tarde en que estas brisas soplaban rudamente, de modo que parecía haber vuelto el mes de

enero, y los parisienses se habían vuelto á poner los abrigos, Gavroche, temblando alegremente de frío bajo sus harapos, estaba de pie, y como en éxtasis, delante de una peluquería de los alrededores de la calle del Olmo de San Gervasio. Llevaba un pañuelo de lana de mujer, cogido no sabemos dónde, con el cual se había hecho un tapaboca; parecía que estaba admirando profundamente una figura de cera escotada y adornada con flores de naranjo, que daba vueltas en el escaparate, mostrando su sonrisa á los transeuntes, entre dos quinqués; pero en realidad observaba la tienda para ver si podía «afanar» del escaparate una pastilla de jabón, que ir á vender en seguida por un sueldo á un «peluquero» de las afueras. Muchos días almorzaba con una de estas pastillas, y llamaba á este trabajo, para el cual tenía talento, «hacer la barba á los barberos.»

Contemplando, pues, la muñeca, y mirando la pastilla, decía entredientes:—Martes.—No es martes.—¿Fué martes?—Quizá es martes.—Sí, es martes.

No se sabe á qué se refería este monólogo. Si por casualidad se refería á la última vez que había comido, hacía ya tres días, porque era viernes.

El barbero en su tienda, templada por una buena chimenea, afeitaba á un parroquiano y dirigía de cuando en cuando una mirada oblicua á este enemigo, á este pilluelo helado y descarado que tenía las dos manos en los bolsillos, pero el espíritu evidentemente fuera del cuerpo.

Mientras que Gavroche examinaba la muñeca, el escaparate y el jabón de Windsor, dos niños, de estatura desigual, vestidos con limpieza y menores que él, uno como de siete años y otro de cinco, hicieron girar tímidamente el picaporte y entraron en la tienda pidiendo algo, una limosna quizá, con un murmullo lastimero, que parecía más bien un gemido que una

súplica. Hablaban ambos á la vez y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor y el frío hacía temblar los dientes del mayor. El barbero se volvió con rostro airado, y sin abandonar la navaja, empujando al mayor con la mano izquierda y al menor con la rodilla, los echó á la calle, y cerró la puerta, diciendo:

—¡Venir á enfriarnos para nada!

Los dos niños echaron á andar llorando. A todo esto se había presentado una nube y principiaba á llover.

Gavrochillo corrió detrás de ellos, los alcanzó y les dijo:

—¿Qué tenéis, chiquillos?

—No sabemos dónde dormir,—respondió el mayor.

—¿Y es eso todo? ¡Vaya una gran cosa! ¿Y se llora por eso? ¿Sois unos canarios sin duda?

Y tomando, al través de su superioridad algo chocarrera, un acento de tierna autoridad y de dulce protección, añadió:

—Criaturas, venid conmigo.

—Sí, señor,—dijo el mayor.

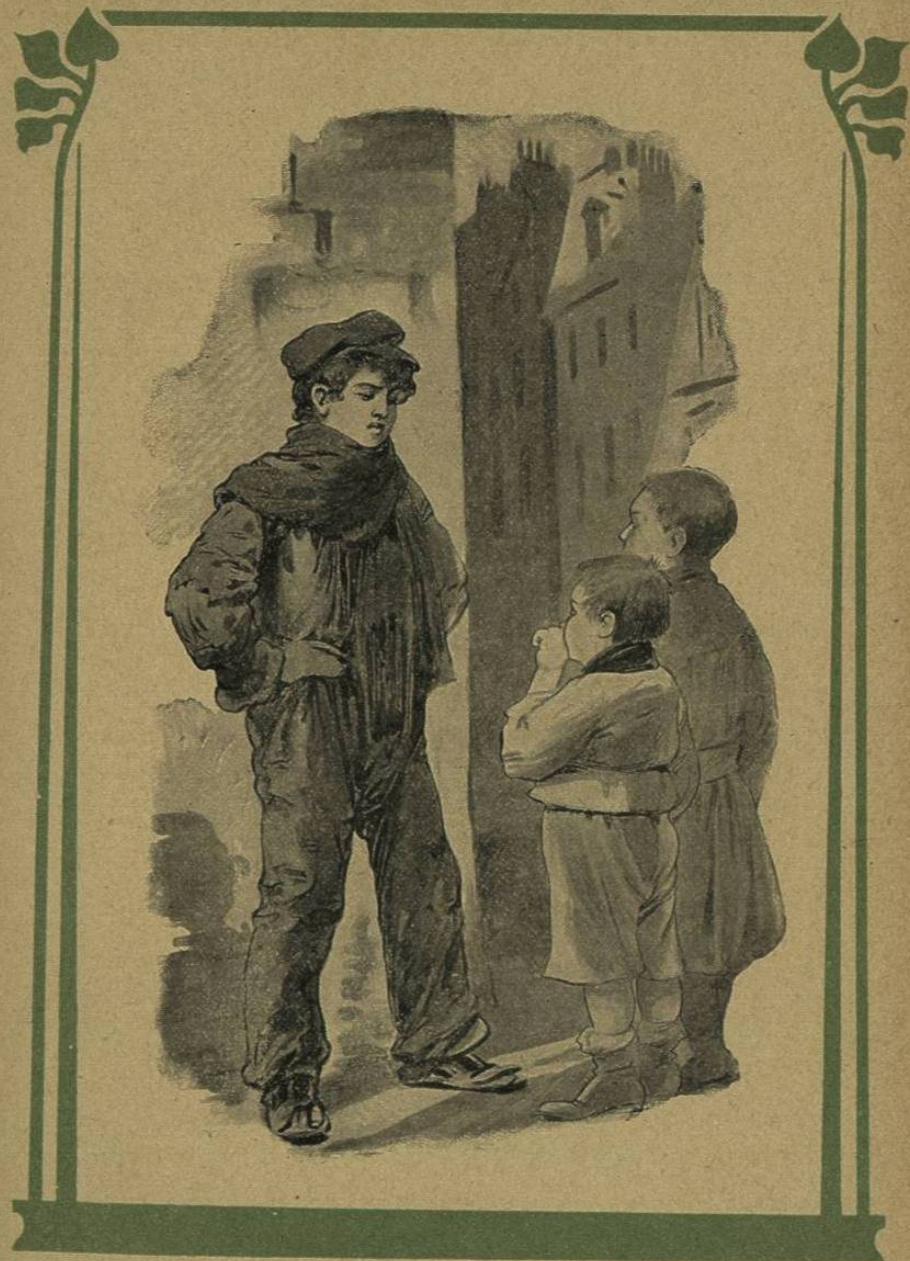
Y los dos niños le siguieron, lo mismo que hubieran seguido á un arzobispo, y cesaron de llorar.

Gavroche les hizo subir por la calle de San Antonio, en dirección de la Bastilla.

El pilluelo, al mismo tiempo que se alejaba, dirigió una mirada indignada y retrospectiva á la peluquería.

—No tiene corazón ese bacalao,—murmuró;—parece un inglés.

Una mozueta que vió marchar á los tres en fila, con Gavroche á la cabeza, soltó una sonora carcajada. Esta risa era una falta de respeto al grupo.



—¿Qué tenéis, chiquillos?

—Buenos días, señorita Omnibus,—le dijo Gavroche.

Y un instante después, acordándose del peluquero, añadió:

—Me he engañado: no es un bacalao, es una serpiente. Peluquero, ya buscaré un herrero y te pondré un cascabel á la cola.

El peluquero le había hecho agresivo y apostrofó, saltando un arroyo, á una portera barbuda y digna de encontrar á Fausto en el Brocken, que tenía la escoba en la mano.

—Señora,—le dijo:—¿salís con vuestro caballo?— Y al mismo tiempo salpicó de lodo las botas barnizadas de un transeunte.

—¡Bribón!—exclamó el transeunte furioso.

Gavroche sacó la nariz del tapaboca.

—¿Se queja el señor?

—¡De tí!,—dijo el transeunte.

—Se ha cerrado el despacho y ya no admito reclamaciones.

Mientras tanto seguían subiendo la calle y descubrió, bajo una puerta-cochera, á una pobrecita de trece á catorce años, helada y con un vestido tan corto que apenas le llegaba á la rodilla. La niña empezaba á ser ya grande para llevar este traje.

El desarrollo suele jugar estas malas pasadas, y el vestido se hace corto, precisamente en el momento en que la desnudez se hace indecente.

—¡Pobre niña!—dijo Gavroche.—No tiene ni aún pantalones. ¡Toma eso siquiera!

Y quitándose el pañuelo de lana que tenía al cuello, le echó sobre los hombros delgados y amoratados de la pobre, convirtiéndose en chal el tapaboca.

La niña le contempló con asombro y recibió el chal en silencio. En cierto grado de miseria, el pobre, en su estupor, no llora ya su mal ni agradece el bien.

Hecho esto, dijo Gavroche:

—¡Brrr!—estremeciéndose más que San Martín, que se quedó á lo menos con la mitad de la capa.

Después de este ¡brrr! redobló su fuerza la lluvia. Esos malos cielos castigan las buenas acciones.

—¡Ah!—exclamó Gavroche.—¿Qué significa esto? Llueve otra vez. Buen Dios, si esto sigue así, retiro mi abono.

Y siguió su camino.

—Es igual,—dijo después echando una mirada á a pobre que se arrebujaba en el chal,—ahí tenéis una magnífica manteleta.

Y mirando á la nube, gritó:

—¡Te has fastidiado!

Los dos niños le seguían.

Al pasar por delante de uno de esos estrechos enrejados de alambre que indican una panadería, porque el pan se pone como el oro, detrás de rejas de hierro, se volvió Gavroche y dijo:

—¡Eh!, muchachos, ¿habéis comido?

—Señor,—respondió el mayor,—no hemos comido nada desde esta mañana.

—¿No tenéis, pues, ni padre ni madre?—preguntó majestuosamente Gavroche.

—Perdonad, señor, tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

—A veces es mejor eso que saberlo,—dijo Gavroche, que era todo un pensador.

—Ya hace dos horas,—continuó el mayor,—que estamos andando; hemos buscado algo que comer en los rincones, y no hemos encontrado nada.

—Lo sé,—dijo Gavroche.—Los perros se lo comen todo.

Y continuó después de un momento de silencio:

—¡Ah! Hemos perdido á los autores de nuestros días. No sabemos qué hemos hecho de ellos. Eso no

está bien, pilluelos. Es muy tonto eso de perderse como personas de edad. ¡Ah! Sin embargo, es preciso luchar.

Por lo demás, no les hizo ninguna pregunta. ¿Qué cosa más sencilla que no tener domicilio?

El mayor de los dos niños, entregado ya casi por completo á la pronta indiferencia de la infancia, exclamó:

—Pero esto es muy triste. Mamá nos había dicho que nos llevaría á comprar romero bendito el domingo de Ramos.

—¡Inocente criatura!—respondió Gavroche.

—Mamá,—añadió el mayor,—es una señora que vive con la señorita Miss.

—Necio,—dijo Gavroche.

En esto se había parado, y andaba hacía algunos minutos tentando y registrando todos los rincones que tenía en sus harapos.

Por fin levantó la cabeza con una expresión no satisfecha, pero en realidad triunfante.

—Calmémonos, monigotillos. Ya tenemos con qué cenar los tres.

Y sacó de un bolsillo un sueldo.

Y sin dejar á los dos niños tiempo para alegrarse, los empujó delante de sí hacia la tienda de un panadero, y puso el sueldo en el mostrador, gritando:

—¡Mozo! Cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el amo en persona, cogió un pan y un cuchillo.

—¡En tres pedazos, mozo!—gritó Gavroche; añadiendo con dignidad:—Porque somos tres.

Y viendo que el panadero, después de haber examinado á los tres comensales, había tomado un pan negro, se metió profundamente el dedo en la nariz, con una aspiración tan imperiosa, como si tuviese

entre los dedos un polvo de tabaco de Federico el Grande, y dirigió al rostro del panadero este apóstrofe indignado:

—¿Quéseso?

Los lectores que crean ver en esta interpelación de Gavroche una palabra rusa ó polaca ó uno de esos gritos salvajes que los yoways y los botocudos se dirigen de una orilla á otra del río, al través de las soledades, deben saber que no es más que una frase que dicen todos los días (los lectores), una frase que quiere decir: ¿Qué es eso? El panadero comprendió perfectamente, y respondió:

—¡Qué! Es pan; buen pan de segunda clase.

—Pan de munición, querréis decir,—respondió Gavroche tranquila y fríamente desdeñoso.—¡Pan blanco, mozo! Pan jabonado. Yo convido.

El panadero no pudo menos de reirse, y cortando el pan blanco, les miró de una manera compasiva, que chocó á Gavroche.

—¡Ah, galopo!—dijo.—¿Nos queréis medir á toesas?

Téngase presente que, puestos los tres uno encima de otro, apenas medían una toesa.

El panadero, así que cortó el pan, guardó el sueldo y Gavroche dijo á los dos niños:

—Jamad.

Los niños le miraron sorprendidos.

Gavroche se echó á reir.

—¡Callal es verdad; no entienden aún. ¡Son tan pequeños!

Y añadió:

—Comed.

Y al mismo tiempo dió á cada uno un pedazo de pan.

Y pensando que el mayor, que le parecía más digno de su conversación, merecía alguna distinción

especial, y debía perder todo temor para satisfacer su apetito, le dijo, dándole el mayor pedazo:

—Echa ese cartucho en el fusil.

Había un pedazo más pequeño que los otros dos y se quedó con él.

Los pobres niños estaban hambrientos y Gavroche lo conoció. Mientras mordían el pan con buenos dientes ocupaban la panadería, cuyo amo, después que había cobrado, los contemplaba con enfado.

—Volvamos á la calle,—dijo Gavroche.

Y tomaron la dirección de la Bastilla.

De tiempo en tiempo, cuando pasaban por delante de las tiendas iluminadas, el niño menor se detenía para mirar la hora en un reloj de plomo, que llevaba colgado del cuello en un cordón.

—Es verdaderamente un canario,—decía Gavroche.

Y después murmuraba pensativo entredientes:

—Es igual. Si tuviera yo monigotes, los educaría mejor.

Cuando iban ya acabando el pedazo de pan, llegaban al ángulo de aquella lúgubre calle de las Danzas, en cuyo fondo se descubre el postigo bajo y hostil de la Fuerza.

—¡Calla! ¿Eres tú, Gavroche?—dijo uno.

—¡Calla! ¿Y tú, Montparnase?—dijo Gavroche.

Era un hombre que acababa de acercarse al pilluelo; era Montparnase disfrazado con anteojos azules, pero no desfigurado para Gavroche.

—¡Diablo!—prosiguió Gavroche,—llevas una manteleta de color de cataplasma de harina de linaza, y anteojos azules como un médico. Tienes estilo, palabra de hombre de honor.

—Chist,—le dijo Montparnase;—no hables tan alto.

Y se llevó vivamente á Gavroche fuera de la luz de las tiendas.

Los dos niños les seguían maquinalmente agarrados de la mano.

Cuando estuvieron bajo la obscura archivolta de una puerta-cochera, al abrigo de las miradas y de la lluvia, le preguntó Montparnase:

—¿Sabes á dónde voy?

—A casarte con la viuda (1),—contestó Gavroche.

—¡Farsante!

Y Montparnase añadió:

—Voy á buscar á Babet.

—¡Ah!—dijo Gavroche;—ahora se llama Babet.

Montparnase bajó la voz.

—No ella, sino él.

—¡Ah! Babet.

—Sí, Babet.

—Yo le creía en chirona.

—Se ha escapado,—respondió Montparnase.

Y contó rápidamente al pilluelo que aquella misma mañana, Babet había sido trasladado á la Conserjería y se había escapado, tomando la izquierda en vez de tomar la derecha en el «corredor de la instrucción».

Gavroche admiró esta habilidad.

—¡Qué sacamuelas!—dijo.

Montparnase añadió algunos pormenores sobre la evasión de Babet, y concluyó diciendo:

—¡Oh! No es eso todo.

Gavroche, mientras hablaba, había cogido un bastón que Montparnase llevaba en la mano, y había tirado maquinalmente de la parte superior, sacando la hoja de un puñal.

—¡Ah!—dijo envainando otra vez vivamente el puñal, has traído tu gendarme disfrazado de ciudadano.

(1) La horca.

Montparnase guiñó el ojo.

—¡Caramba!—añadió Gavroche.—¿Vas á agarrarte con los corchetes?

—No lo sé,—respondió Montparnase con indiferencia.—Bueno es siempre llevar consigo un alfiler.

Gavroche insistió:

—¿Qué vas á hacer esta noche?

Montparnase tomó de nuevo el tono grave, y dijo mascando las palabras:

—Negocios.—Y cambiando bruscamente de conversación:

—¡A propósito!

—¿Qué?

—Una aventura que me pasó el otro día. Figúrate que me encuentro á un hombre; me regala un sermón y la bolsa; meto ésta en el bolsillo; un minuto después meto la mano en el bolsillo y ya no tenía nada.

—Más que el sermón,—añadió Gavroche.

—¿Pero y tú,—dijo Montparnase,—á dónde vas ahora?

Gavroche señaló á sus dos protegidos y dijo:

—Voy á acostar á esos niños.

—¿A dónde?

—A mi casa.

—¿En dónde está tu casa?

—En mi casa.

—¿Tienes, pues, casa?

—Sí, tengo casa.

—¿Y dónde vives?

—En el elefante,—dijo Gavroche.

Montparnase, aunque de naturaleza poco asustadiza, no pudo contener una exclamación:

—¡En el elefante!

—¿Y qué? ¡Sí, en el elefante!—respondió Gavroche.—¿Qué tiseso?

Esta es otra palabra de una lengua que nadie es-

cribe, y que todo el mundo habla. Quétieso, significa: ¿Qué tiene eso?

La profunda observación del pilluelo volvió á Montparnase la calma y el juicio, y le inspiró mejores sentimientos respecto de su habitación.

—¿De veras?—dijo;—en el elefante. ¿Y se está bien allí?

—Muy bien,—dijo Gavroche.—Allí verdaderamente no hay vientos encallejados como bajo los puentes.

—¿Y cómo entras?

—Entrando.

—¿Hay algún agujero?—preguntó Montparnase.

—¡Caramba! Pero no se debe decir. Entre las patas delanteras. Los esbirros no le han visto.

—Y tú escalas. Ya lo comprendo.

—Un cambio de mano, cric, crac, y está concluído: nadie lo ve.

Después de un momento de silencio, añadió Gavroche:

—Para estos pequeñuelos buscaré una escalera.

Montparnase se echó á reír.

—¿Dónde demonios te has encontrado esos mochuelos?

Gavroche respondió con sencillez:

—Son unos monigotes que me ha regalado un peluquero.

Mientras tanto Montparnase se había quedado pensativo.

—Me has conocido con facilidad,—murmuró.

Sacó del bolsillo dos objetos pequeños, que no eran más que dos cañones de pluma rodeados de algodón, y se introdujo uno en cada agujero de la nariz. Esto le transformaba la nariz.

—Eso te desfigura,—dijo Gavroche.—Así estás menos feo. ¿Por qué no los llevas siempre?

Montparnase era un guapo joven; pero Gavroche era un burlón.

—Sin reírte,—dijo Montparnase.—¿Cómo estoy?

Había variado el timbre de la voz. En un momento Montparnase estaba desconocido.

—¡Oh! Haznos el polichinela,—exclamó Gavroche.

Los dos niños, que no habían oído nada hasta entonces y que estaban ocupados en meterse los dedos en la nariz, se aproximaron al oír este nombre y miraron á Montparnase con un principio de alegría y de admiración.

Desgraciadamente Montparnase estaba pensativo.

Puso la mano en el hombro de Gavroche y le dijo, recargando, estas palabras:

—Escucha lo que te voy á decir, chico: si me encontrase en la plaza con mi dama, mi daga y dogo y me prodigasen, digamos, diez sueldos, me dignaría trabajar; pero no todo se puede digerir.

Estas frases extrañas produjeron en el pilluelo un efecto singular. Se volvió con presteza, miró á su alrededor con sus pequeños ojos brillantes y descubrió á algunos pasos un agente de policía que estaba de espaldas. Gavroche dejó escapar un ¡ah, ya entiendo! que reprimió en seguida, y dijo, sacudiendo la mano de Montparnase:

—Pues bien, buenas noches; me voy á mi elefante con mis hijuelos. Si por casualidad alguna noche me necesitas, ven á buscarme. Vivo en el entresuelo; no hay portero: preguntará por el señor Gavroche.

—Está bien,—dijo Montparnase.

Y se separaron, dirigiéndose Montparnase hacia la Grève y Gavroche hacia la Bastilla. El niño de cinco años, arrastrado por su hermano, que era arrastrado por Gavroche, volvió varias veces la cabeza para ver al «polichinela».

La frase enigmática con que Montparnase había avisado á Gavroche la presencia de un agente de policía, no contenía más secreto que la asonancia *dig*, repetida cinco ó seis veces de diverso modo. Esta sílaba *d'g*, no pronunciada aisladamente, sino mezclada artísticamente con palabras de una frase, quiere decir: *tengamos cuidado, porque no se puede hablar con libertad*. Había además en las palabras de Montparnase una belleza literaria que no observó Gavroche; la frase *mi dama, mi daga y mi dogo*, locución del caló del Temple, que significa *mi mujer, mi puñal y mi perro*, muy usada entre los pitres y colas-rojas del gran siglo en que escribía Molière y pintaba Callot.

Hace veinte años se veía aún en el ángulo Sudeste de la plaza de la Bastilla, cerca del remanso del canal formado en el antiguo foso de la cárcel-ciudadela, un extraño monumento que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, y que merecía haber dejado alguna huella, porque era una idea del «miembro del Instituto, general en jefe del ejército de Egipto.»

Decimos monumento, aunque no era más que un boceto; pero aún siendo un boceto, era un pensamiento prodigioso, un esqueleto grandioso de una idea de Napoleón, esqueleto al cual dos ó tres golpes de viento sucesivos habían empujado y llevado cada vez muy lejos, que se había hecho ya histórico, y había tomado un carácter definitivo, que contrastaba con su aspecto provisional. Era un elefante de cuarenta piés de alto, construído de madera y mampostería; tenía encima su torre, que parecía una casa, pintada primitivamente de verde por un pintor de brocha gorda y después de negro por el cielo, la lluvia y el tiempo. En aquel ángulo desierto y descubierta de la plaza, la ancha frente del coloso, su

trompa, sus colmillos, su torre, su enorme grupa, sus cuatro piés, semejantes á otras tantas columnas, dibujaban por la noche en el cielo estrellado un perfil sorprendente y terrible.

No se sabía lo que significaba: era una especie de símbolo de la fuerza popular; era una cosa negra, enigmática é inmensa; era un fantasma poderoso, visible, y de pie, al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Muy pocos extranjeros visitaban aquel edificio; ningún transeunte le miraba. Estaba ya ruinoso; en cada estación, los pedazos de yeso que se le caían de los costados le causaban llagas repugnantes. «Los ediles,» como se decía en el patuá elegante, le habían olvidado desde 1814, y allí estaba en su rincón, triste, enfermo, ruinoso, rodeado de una empalizada podrida y manchada á cada instante por cocheros y borrachos. Muchas grietas le serpenteaban el vientre; de la cola le salía un madero y entre sus piernas crecían altas hierbas; y como el nivel de la plaza se elevaba hacía treinta años al rededor por ese movimiento lento y continuo que levanta insensiblemente el piso de las grandes ciudades, estaba en un hoyo y parecía que la tierra se hundía bajo su peso. Era inmundo, olvidado, repugnante y soberbio; feo á los ojos del ciudadano, melancólico á los ojos del pensador. Tenía algo de la basura que se barre y algo de la majestad que se va á decapitar.

Como ya hemos dicho, por la noche cambiaba de aspecto. La noche es el verdadero medio de todo lo que es sombra. Cuando caía el crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba; tomaba una figura tranquila y temible en la formidable serenidad de las tinieblas. Como pertenecía á lo pasado, le convenía la noche; la obscuridad sentaba bien á su grandeza.

Este monumento rudo, pesado, áspero, austero,